 Nº34 • 24 Octubre 2007

**No tengo autoridad**

En un mar de palabras, la suya no parece tener importancia alguna. Pretenden imponerse, marcar las reglas de un juego que no pueden arbitrar. Buscan tener autoridad, esperan obediencia pero, por más que lo intentan, no lo consiguen.

ÁMBAR GONZÁLEZ

Nuestra vida gira en torno a las relaciones sociales que entablamos con los demás. Algunas las escogemos, otras no y, a veces, en esos intercambios es esencial tener autoridad. Dirigiéndonos a nuestro hijo, en el trabajo o, simplemente en una mera exposición de opiniones, necesitamos imponernos. Pero no siempre lo conseguimos. Tal es el caso de María, de 47 años: "Le digo a mi hija: 'Bájate de la mesa'. Y nada. No solo no me hace caso, a veces ni siquiera me mira". En multitud de ocasiones, la falta de autoridad proviene de la aceptación de determinadas actitudes que no son correctas. Elena Borges, psicóloga clínica, señala que, por ejemplo, para que un niño logre el equilibrio psicoafectivo adecuado es necesario ofrecerle "diálogo y cariño, pero sabiendo decir no, imponiéndoles límites". Somos hijas, alumnas, madres, jefas... y "en ciertos ámbitos se hace imprescindible el ejercicio de autoridad".

**Más difícil en la amistad**

A menudo, asociamos la idea de falta de autoridad a quien no es capaz de imponerse cuando su rol (situación personal, profesión) se lo exige. Sin embargo, esta situación puede darse también entre iguales. "Ningún plan de los que propongo a mis amigas sale adelante. No porque no les guste, sino porque ni siquiera lo tienen en cuenta. Parece que mi voz no existiese para ellas", reconoce María, de 37 años. Tener autoridad en estos casos es más complicado porque, según Borges, en los grupos de amigos, las conversaciones se esquivan. "Las personas con más carácter disuaden las conversaciones y las dirigen hacia sus propios intereses" afirma. Al no haber normas pautadas, para poder intervenir solo cabe el consenso.

**Con adquirirla no basta**

La gente incapaz de hacerse respetar suele ser tímida y, además, no confía en sus capacidades. Como no tener el respeto que nos merecemos puede provocarnos inseguridad y frustración, alcanzarlo no solo desarrolla de forma armónica nuestro entorno, sino que mejora nuestro estado de ánimo. ¿Cómo conseguirla? La psicóloga aconseja aprender a ser "asertivos con nosotros mismos y con los demás", sin olvidar tener en cuenta que nuestra respuesta repercutirá en todos. Pero, una vez lograda, Guillermo Ballenato, en su libro Educar sin gritar (La Esfera de los Libros) recuerda: "La autoridad se adquiere, se gana y se tiene que mantener". Algunos roles exigen muestras de firmeza continuas que no conviene descuidar con el paso del tiempo.

**Irene. 38 años, profesora: "Mi deseo de acercarme a los alumnos me quitó la autoridad"**

"Siempre había querido ser profesora y, sin embargo, los primeros meses en un Instituto de Enseñanza Secundaria fueron horribles. Como no quería perecer la típica maestra estricta, tenía un tono de voz muy cercano con ellos.

Hablaba más como una amiga que como una instructora, así que, cuando llegaban situaciones donde necesitaba silencio, aquello era un pitorreo. No tenía ningún tipo de autoridad sobre chavales de 14 años.
La situación se hizo insostenible y llegaba a casa después con un nudo en el estómago. Decidí acudir entonces al psicólogo del instituto para que me diera unas pautas. Y funcionó. Lo primero que me enseñó es que la profesora es la profesora y, como tal, debe tener un rol perfectamente definido. Las claves fueron: planificar muy bien los contenidos y transmitir que era dueña absoluta de mi tiempo, no hacer ningún tipo de concesiones a quien me desobedeciese y, además de cambiar el tono, avisarles de que evaluaría sus actitudes. Fue duro, pero resultó".